

## **El escenario de la seducción (1896): un niño indefenso en el seno de la familia perversa**

Julieta Hermo

### **Introducción**

*“El individuo nace, se desarrolla y crece  
en la trabazón infinita (...) que lo liga a los personajes  
de esa arena imprevisible (siniestra  
y acogedora) que es la familia” (Vallejo, 2012: 148)*

El presente informe se propone indagar y analizar los distintos elementos narrativos construidos en el discurso freudiano respecto de la teoría de la seducción de 1896.

El posicionamiento a través del cual se debe abordar dicho trabajo requiere concebir a la teoría de la seducción en tanto relato mitológico cuyos personajes involucrados serán objeto de análisis.

En 1896, en “Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad) (1º de enero de 1896)”, Freud realiza una exhaustiva clasificación respecto de lo que rotula como neuropsicosis de defensa, dentro de las cuales ubica la histeria, la neurosis obsesiva y la paranoia. Siguiendo la línea de este texto, el basamento de toda psiconeurosis reside en una vivencia sexual prematura traumática ocurrida en la primera infancia que reúne a dos personajes en acción: por un lado, el niño indefenso e inocente y por el otro, un adulto perverso que encuentra su satisfacción sexual en aquel cuerpo asexuado. El primero de ellos, es aquel que en la vida adulta contrae una psiconeurosis. La figura del segundo adquiere una importancia capital ya que siempre se trata de un adulto perteneciente al ámbito hogareño y familiar.

¿Por qué motivo Freud apeló a ese tipo de narración en el afán de construir el fundamento de las psiconeurosis? ¿Qué familiarización se pone de relieve en aquella narración? ¿De qué manera el aspecto familiar se acentúa intensamente dentro de la teoría de la seducción como el factor causante de la patología? Estos son algunos de los interrogantes sobre los cuales se organizarán los ejes centrales del presente informe tomando como dispositivo articulador la escena de abuso sexual, presentada con predominancia en los escritos freudianos de 1896.

La hipótesis que se intenta defender en relación a tales preguntas planteadas reza en comprender aquel movimiento como una operación conceptual cuyo objetivo es desligarse de una tradición fuertemente hereditarista. En este sentido, la familiarización que se vuelve determinante en la causa de las psiconeurosis, no refiere a una familiarización de lazo sanguíneo sino más bien a una familia de tipo política.

La tradición hereditaria a la que se hace mención con anterioridad, alude a las huellas de las enseñanzas de Charcot, cuya presencia, en cierto punto notable, se mantuvo desde los inicios de la

obra freudiana hasta los momentos últimos de la misma. Esta tradición será desarrollada como fuerte antecedente conceptual imposible de eludir que se muestra de modo sintomático en la construcción de la teoría de la seducción.

A su vez, también se tomará como rasgo de análisis, la alteración producida en el constructo teórico sobre la etiología específica de las psiconeurosis: en el relato narrativo el personaje adulto abusador pivotará desde las niñeras y nodrizas hacia el padre. Este pasaje dará lugar a cuestionamientos que intentarán desarrollarse en el informe. El interrogante fundamental estará vinculado a dilucidar cual fue el motivo por el que ocurrió esa modificación, es decir qué intenciones subyacentes de Freud había detrás de aquel cambio de personajes en la narración.

El corpus de texto seleccionado para la elaboración del informe se basa en los escritos freudianos correspondientes al periodo de la teoría de la seducción, entre ellos *“La herencia y la etiología de las neurosis”*, *“Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad) (1º de enero de 1896)”* y *“Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa”*. Dichos textos permitirán trazar las coordenadas históricas sobre el surgimiento de la teoría de la seducción, en qué consistió el contenido de la misma, cómo fue presentada ante el público, bajo qué condiciones. Por otra parte, se tomarán otra serie de textos de autores que llevaron a cabo una revisión crítica sobre la temática. A través de los mismos será posible el abordaje de los grandes interrogantes planteados al inicio. Principalmente se expondrá algunos de los desarrollos realizados en *“La seducción freudiana (1895-1897). Un ensayo de genética textual”* del autor Mauro Vallejo, así como también de Richard Webster *“Por que Freud estaba equivocado. Pecado ciencia y psicoanálisis”*, entre otros.

### **Las enseñanzas de Charcot: huellas en la teoría de la seducción**

Como se intentó esbozar en la introducción, la teoría de la herencia propuesta por Charcot para explicar la causación de las enfermedades nerviosas, constituye respecto de la teoría de la seducción aquello que en clave psicoanalítica se denomina retorno de lo reprimido. En otras palabras, la teoría de Charcot dejó sus marcas en la producción freudiana de 1896, pero en un sentido sintomático, dicha teoría no es reconocida en cuanto tal.

Jean Martin Charcot fue un médico recibido en la facultad de Medicina de Paris, donde ejerció como profesor a cargo de las materias Anatomía y Patología.

Durante la época 1870- 1875 en la comunidad médica francesa, prevalecía una gran tendencia anatómica para describir las enfermedades, a la cual adhirió Charcot con el objetivo de demostrar las lesiones anatómicas que subyacían a los fenómenos histéricos. Sin embargo, aquellas lesiones no se mostraron asequibles a la investigación del neurólogo parisino. Pese a este infortunio, Charcot *“fortalece su razonamiento de que la histeria (...) es una entidad patológica autentica que presenta un cuadro clínico coherente”* (Levin, 1978: 56). Dicha premisa será sustentada, a partir de una serie

de legalidades propias que le otorgan a la histeria el estatuto de una enfermedad nerviosa, muy lejana de un mero acto de simulación. Por un lado, la existencia de patrones hereditarios que contribuyen, en tanto predisposición, a la enfermedad mental, y por otro, se trata de una afección que no presenta un sustrato neural, sino que involucra un trastorno a nivel fisiológico del sistema nervioso. La enfermedad por tanto, implica una “anormalidad neurodinamica” (Levin, 1978: 56).

Esta revolución dentro del saber médico, ocasionada por el nuevo modelo etiológico de la histeria, será presenciada por Sigmund Freud, quien gracias a una beca de posgrado, obtuvo la oportunidad de asistir a las conferencias y enseñanzas dictadas por Charcot en la clínica Salpêtrière entre 1885 y 1886.

Aquellas lecciones marcaron un antes y un después en la formación de médico vienes: “estaba a todas luces subyugado por las ideas de Charcot (...) quedó fascinado por esas revelaciones y apoyó entusiastamente el argumento de Charcot de que la histeria es una entidad patológica genuina” (Levin, 1978: 69).

A partir de los escritos de 1894, como “Las neuropsicosis de defensa”, se puede intelecgrir de manera evidente en la letra del padre del psicoanálisis ciertos resabios de saber charcotiano que se conservaron tras su pasaje por la *Salpêtrière*.

Al inicio de “Las neuropsicosis de defensa”, Freud decide reunir a tres cuadros clínicos, por entero diversos, respecto de su sintomatología, (histeria, neurosis obsesiva y paranoia) bajo una categoría común: el mecanismo de formación de síntomas que será designado como defensa. Este será el eje de análisis sobre el cual Freud basará las ideas fundamentales del texto. En dicho despliegue conceptual que se brinda al lector, se puede apreciar una cierta vacilación por parte del autor que lo ubica frente a un obstáculo, por cierto, no fecundo.

Freud afirma que el mecanismo de defensa se pone en marcha frente a “una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía” (Freud, 1894: 49). Ahora bien, aquí hay una excepción a la regla: no todas las personas logran realizar aquel trabajo de pensamiento que permite eliminar la contradicción generada, es decir, olvidarla. Este grupo se desempeña llevando a cabo un objetivo diverso que consiste en quitarle el peso afectivo suficiente a la representación inconciliable, provocando un divorcio entre la representación y su monto de afecto. Estos serán los portadores de síntomas neuróticos; los otros, personas sanas. Seguido a esto, Freud se pregunta por qué ante “las mismas influencias psíquicas” (Freud, 1894: 50) algunas personas permanecen sanas, logrando “apartarse de su propio pensamiento” (Freud, 1894: 49) y otras no logran el olvido sino que este lleva a diversas reacciones patológicas (Freud, 1894: 50).

Es digno de análisis la respuesta que intenta dar Freud ante aquel interrogante. Como bien se mencionó previamente, algunas personas no logran olvidar la representación inconciliable sino que producen un divorcio entre la misma y su monto de afecto, Freud también ha llamado a este divorcio escisión de conciencia.

Freud afirma que el motivo se debe a que “ha de verse la expresión de una predisposición patológica, que, empero, no necesariamente es hereditaria” (Freud, 1894: 50). Varias cuestiones polémicas a destacar respecto de esta cita, como por ejemplo, el término “predisposición patológica”. Se puede inferir que el autor, al apelar a dicha terminología muestra un afán de alcanzar la causa última de las psiconeurosis, sin embargo, no logra definir qué tipo de predisposición es la que genera la patología. En este punto adherimos a la hipótesis de los autores Sanfelippo y Vallejo quienes sostienen que “puede observarse el propósito de Freud de abordar la predisposición (...) y de separarse de la tradición “hereditarista”” (Sanfelippo & Vallejo, 2013: 14). No obstante, siguiendo desde una línea crítica, los autores también destacan que “es notoria la precariedad del intento, puesto que no contaba aún ni con elementos nuevos, ni con un vocabulario diferente, que le permitiese explicar cual sería la naturaleza de una predisposición que no fuese hereditaria” (Sanfelippo & Vallejo, 2013:14).

Estas dos operaciones que se propuso Freud, según los autores, la de intentar separarse de la tradición hereditarista y la de explicar la diferencia entre las personas sanas y enfermas a través de un concepto amorfo – predisposición patológica- se consuman como intento fallido, cuyo saldo será la imposibilidad de cura de las enfermedades psiconeuroticas. (Vallejo, 2012: 38).

Un año anterior a la publicación de dicho texto, se puede percibir desde su correspondencia con su amigo Wilhelm Fliess, que la herencia resulta ser algo que entorpece los avances en la construcción de la teoría de la seducción. Así es como la herencia no solo será una traba para explicar el fundamento de las psiconeurosis, sino que también, por extensión, lo será para explicar el fundamento de otro cuadro clínico llamado neurastenia. Si bien Freud logra arrojar mayor luz respecto de este último, el asunto se vuelve oscuro y tambaleante a lo largo de las líneas de las cartas. Con un exceso de convicción Freud le comunica a Fliess que “la neurastenia es una consecuencia frecuente de una vida sexual anormal” (Masson, 1985: 27), dicha convicción comienza a hacerse más débil unos párrafos siguientes: “dejamos sin decidir si una predisposición hereditaria y, en segunda línea, unos influjos tóxicos pueden producir neurastenia genuina, o si también la neurastenia de apariencia hereditaria se remonta a un abuso sexual temprano” (Masson, 1985: 28). La cuestión de la masturbación en la infancia, sin la intervención de un tercero, también comienza a tomar forma en el marco de la relación epistolar con su amigo de Berlín, al menos de un modo más intenso y abierto que en los escritos técnicos publicados en el mismo año hacia la sociedad. En efecto, Freud en su carta agrega que “en la etiología de una afección nerviosa se deben

distinguir 1. La condición necesaria (...) y 2. Los factores ocasionadores (...). Sin abuso sexual, empero, ninguno de esos factores es capaz de producir neurastenia”. (Masson, 1985: 28 - 29).

En una suerte de callejón sin salida, la herencia y las vivencias sexuales tempranas harán de las suyas durante esta época en la contribución de la teoría freudiana, siendo un motivo de dolor de cabeza para el padre del psicoanálisis.

De hecho, Freud en una carta a Fliess de 1896, luego de haber hecho pública su novedad sobre la etiología específica de las neurosis, confiesa: “siempre he oscilado entre conjeturar herencia tras estos casos, o más bien vivencias infantiles. Pero es cierto que se trata de un punto oscuro en la teoría” (Masson, 1985: 186).

En “Estudios sobre la histeria” de 1895, uno de los textos que se puede ubicar dentro los escritos precursores de la teoría de la seducción, Freud nuevamente muestra un interés por el mecanismo de formación de síntomas (la defensa), pero también por el de una etiología específica no hereditaria. Es así que tímidamente, comienza a presentarse a tientas, lo que devendrá en 1896 como la etiología sexual de las neurosis. Freud dice: “Hasta donde se podía hablar de una causación por la cual las neurosis fueran adquiridas, la etiología debía buscarse en factores sexuales” (Freud, 1895: 265). Si bien los factores sexuales ya marcan su aparición, la herencia aun no es descartada en su totalidad. Al dar la pauta de neurosis adquiridas, se infiere que también existen neurosis no adquiridas, es decir hereditarias. Unas páginas más adelante, expresa una extrañeza respecto de lo que años atrás lo tenían extremadamente obnubilado y acongojado, a saber, las ideas de Charcot. Mencionando un caso sobre una paciente que había atendido durante un tiempo cercano a su estadía en París, Freud dice: “bien lejos me encontraba de esperar una neurosis sexual como suelo de la histeria; acababa de salir de la escuela de Charcot y consideraba el enlace de una histeria con el tema de la sexualidad como una suerte insulto” (Freud, 1896: 267).

El avance en su descubrimiento conceptual también lo expresa a su amigo Fliess en una carta del año 1895. Freud le pregunta de un modo retórico “¿ Ya te he comunicado, oralmente o por escrito, el gran secreto clínico? La histeria es consecuencia de un *espanto sexual*/ presexual. La neurosis obsesiva es la consecuencia de un *placer sexual* que después se muda en un reproche” (Masson, 1985: 147 cursivas en el original). Ese “gran secreto clínico”, aquella íntima condición que Freud venía olfateando: para la histeria, una vivencia sexual primaria producida con repugnancia y espanto, para la neurosis obsesiva una vivencia sexual primaria producida con placer (Masson, 1985: 146) será el arsenal con el cual construirá el escrito “La herencia y la etiología de las neurosis”, presentado al año siguiente dentro de la *Revue Neurologique*, una revista médica de París.

Desde “Estudios sobre la histeria” se puede detectar que el papel de la sexualidad comienza a cobrar un papel fundamental. Una de las razones por la cual la sexualidad desempeña un papel tan esencial

en el modelo psicológico de Freud, se vincula, según la hipótesis de Webster, con su formación y aspiración como fisiólogo. Como buen fisiólogo que era, no renunciaría a basar sus teorías psicológicas en la biología. Por lo tanto, “el papel decisivo que asignó a la sexualidad le permitía afirmar que sus conjeturas tenían un fundamento <<orgánico sólido >>”. (Webster, 1995: 187).

Partiendo de la premisa sobre la etiología sexual, Freud revela en “Estudios sobre la histeria” un esclarecimiento estricto sobre un modelo etiológico diferencial, “factores sexuales diferentes producían cuadros también diversos de contracción de neurosis” (Freud, 1895: 265). El hecho de que toda neurosis tenga una causa específica constituida por un modo particular de influjo sexual, anuncia una cercana revolución que acontecerá el año siguiente. (Vallejo, 2012: 47).

En el año, 1896, sale a la luz “el descubrimiento de un *caput nili* de la neuropatología” (Freud, 1896: 202), “el ordenamiento definitivo de ese afán por dar con una explicación etiológica específica” (Vallejo & Sanfelippo, 2013: 26). “La herencia y la etiología de las neurosis” aquel as bajo la manga que se tenía Freud, será “presentado bajo el ropaje de una crítica al poder atribuido tradicionalmente a la herencia” (Vallejo, 2012: 45). En este sentido, las primeras palabras de Freud serán: “Me dirijo especialmente a los discípulos de J. M. Charcot para proponerles algunas objeciones a la teoría etiológica de las neurosis que nuestro maestro nos ha transmitido” (Freud, 1896: 143). Su argumento en contra de la herencia en este texto comienza a consolidarse, a tal punto que admite la existencia de ciertas “enfermedades que la herencia, por si sola, no podría producir (...) neuropatías que pueden desarrollarse en hombres perfectamente sanos y de familia irreprochable” (Freud, 1896: 144). En este punto cabe preguntarse si dicha “familia irreprochable” que Freud menciona constituye una familia hereditaria de lazo sanguíneo o bien una familia política en tanto espacio interactivo donde ocurren actos de violencia sexual. Siguiendo la hipótesis del autor Mauro Vallejo, el primer tipo de familia sería una “vieja representación de la determinación familiar (lease herencia)” (Vallejo, 2012: 45) agregando que “el creador del psicoanálisis propuso una explicación alternativa acerca de los patrones familiares de morbilidad” (Vallejo, 2012: 45), “una concepción sobre el origen hogareño - familiar de esa patología” (Vallejo, 2012: 43).

Si bien Freud mostraba fuerte adherencia a su gran teoría de la seducción, el fantasma charcotiano invade sus palabras y preso de una gran falacia comete un notable oxímoron afirmando que “la herencia cumple un papel de *condición* poderosa en todos los casos y aun indispensable” (Freud, 1896: 147 cursiva en el original), en el sentido de que si “esta presente, el desarrollo de las neurosis sufrirá su influencia formidable” (Freud, 1896: 150), pero como contrapartida sostiene que “la patogénesis de la neurastenia y de la neurosis de angustia puede muy bien prescindir de la disposición hereditaria” (Freud, 1896: 150). Este fundamento ambiguo y contradictorio se vuelve a repetir unas líneas más adelante bajo la forma de “concedo que su presencia es indispensable en los casos graves, dudo que sea necesaria para los casos leves” (Freud, 1896: 155). Esta cita expresa de

forma descarnada una paradoja sintomática, en la cual Freud no se atreve a poner en duda la fuerza de ese viejo factor (Vallejo, 2012: 46).

En referencia a la cita textual previa, Freud afirma que “se han cometido tantas falacias y errores al hablar de la etiología hereditaria que invocar su presencia seria una torpeza imperdonable” (Vallejo, 2012: 46). Richard Webster plantea, en correlación con la cita previa, una idea similar.. Webster sostiene:

“el encaprichamiento intelectual de Freud con las ideas de Charcot (...) era simplemente el primer caso de este tipo de sumisión intelectual (...), las ideas tomadas de sus mentores intelectuales serian erróneas. La otra tragedia consistió en (...) emplear aquellos errores científicos como piedras basales sobre las cuales construir el edificio teórico completo del psicoanálisis” (Webster, 1995: 111).

### **Los personajes de la seducción**

En “La herencia y la etiología de la neurosis” Freud postula, a modo de máxima, que el punto de partida del proceso patológico (Freud, 1896: 151), es decir, el agente causal específico de la neurosis, consiste en un recuerdo referente a la vida sexual. Dicho recuerdo presenta dos características fundamentales. Por un lado, es de carácter inconsciente, es decir, “los enfermos jamás cuentan esas historias espontáneamente, ni en el curso del tratamiento ofrecen al medico de una sola vez el recuerdo completo” (Freud, 1896: 152). Por otro lado, se trata de un recuerdo sobre “*una experiencia precoz de relaciones sexuales con irritación efectiva de las partes genitales, resultante de un abuso sexual practicado por otra persona. El periodo que encierra a este acontecimiento funesto es la niñez temprana*” (Freud, 1896: 151, cursivas en el original).

Ante la formula del espanto sexual infantil y del placer sexual, definida por su mismo descubridor como la solución del enigma de la histeria y la neurosis obsesiva (Masson, 1985: 148), Freud no dejará de hacer alarde de su gran descubrimiento, afirmando, con orgullo y admiración, a su amigo Fliess en las cartas del año 1886 que las comprobaciones neuróticas le llueven (Masson, 1985: 151). De una manera poco escrupulosa Freud no deja de manifestar a su compañero de cartas su gran estado de admiración y júbilo hacia si mismo. La alegría de su descubrimiento, en la carta del 6 de febrero de 1896, no presenta límites. Freud dice: “me aplaudo a mi mismo, me resuelvo a dormir sobre los laureles que me otorgo” (Masson, 1985: 179).

Aquellas comprobaciones a las cuales se refiere, posiblemente sean sus dieciocho casos de histeria que en “La etiología de la histeria” con una certeza admirable afirma haber tomado noticia de las vivencias sexuales de la infancia experimentadas por sus pacientes histéricas analizadas (Freud, 1896: 206). Resulta misterioso que Freud haya logrado reunir, de un momento a otro, dieciocho casos que comprueben su teoría, cuando meses atrás de la publicación de “La etiología de la

histeria” confiesa en una carta a su amigo Fliess: “ la solución placer dolor de la histeria y las neurosis obsesiva (...) se me ha vuelto dudosa” (Masson, 1985: 152). Incluso meses posteriores a la publicación de dicho artículo, Freud genuinamente expresará con cierta decepción en la carta del 4 de mayo de 1896 que no pudo iniciar nuevas curas ni tampoco ha concluido las curas antiguas (Masson, 1985: 196). Dicho en otras palabras, los múltiples casos neuróticos que le permitían a Freud comprobar su teoría ciegamente según como plantea en su carta del 20 de octubre 1895, unos meses después, el 4 de mayo de 1896 estarán curiosamente ausentes o peor aún inconclusos.

Respecto del material clínico que el padre del Psicoanálisis eleva a su máximo nivel como el fundamento empírico de su teoría de la seducción, el autor Webster se atreve a revelar una hipótesis un tanto acida que sostiene que “el propio Freud consiguió el historial clínico (...) en realidad, había abandonado el papel del científico para adoptar el de novelista. En lugar de establecer pacientemente lo que ocurría, utilizó su formidable talento artístico para imaginar un desenlace del caso” (Webster, 1995: 172- 173). No obstante, dicha hipótesis de Webster no se muestra muy lejana de lo que el mismo Freud admite al describir el tratamiento de uno de los casos emblemáticos de histeria, el de la paciente Elisabeth von, en relación al mismo afirma lo siguiente: “los historiales clínicos que escribo pudieran considerarse narraciones que carecen, como quien dice, el marchamo de la ciencia” (Webster, 1995:172). No es casual que en una de sus cartas a su íntimo amigo alemán, Freud se atajara diciendo que “el público no dejará de decir que estos historiales clínicos no son científicos” (Masson, 1985: 95).

Por tanto, se sugiere tomar el entusiasmo que Freud expresa en sus cartas sobre sus datos clínicos, con un cierto distanciamiento escéptico.

Otro rasgo importante a destacar es que la nueva teoría que explica la causa de las neurosis trajo consigo un saldo sumamente positivo: la cura de la enfermedad en su totalidad y no solamente la eliminación de sus síntomas singulares. Freud dirá en una carta del mes de mayo de 1986: “Me he vuelto terapeuta sin quererlo; tengo la convicción de que puedo curar definitivamente histeria y neurosis obsesiva” (Masson, 1985:191). “ambas neurosis son curables *en su totalidad*” (Masson, 1985: 148, cursiva en el original).

En este sentido, la teoría de la seducción viene a llenar aquellos dos vacíos que se hicieron presentes durante los momentos previos a dicha construcción teórica: la imposibilidad de cura y una etiología específica de las neurosis que prescindiera de una condición únicamente hereditaria. (Vallejo, 2012: 38).

En “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa” de 1896, texto que también se puede ubicar dentro de los escritos de la seducción, Freud arroja luz sobre la experiencia sexual precoz ocurrida durante la infancia y las figuras “típicas” que están presentes en dicha experiencia: “Entre las personas culpables de esos abusos de tan serias consecuencias aparecen sobre todo

niñeras, gobernantas y otro personal de servicio, a quienes son entregados los niños con excesiva desaprensión; están representados además los educadores” (Freud, 1896: 165). Recapitulando entonces, en la escena de abuso sexual actúan dos personajes: la víctima del acto, es decir el niño indefenso y el responsable del acto, es decir, el adulto, que según como puntualiza Freud, incluye desde las niñeras y nodrizas hasta educadores. Unas líneas más adelante agrega que también el acto violento puede ser realizado “por hermanos varones que durante años habían mantenido relaciones sexuales con sus hermanas un poco menores” (Freud, 1896: 165).

También en “La etiología de la histeria” expresa de un modo similar a lo propuesto en “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa” que existen tres tipos de escenas sexuales de violación, las cuales considera “fuente verdadera de su enfermedad” (Freud, 1896: 286).

“El primer grupo se trata de atentados únicos o al menos de abusos aislados, las más de las veces perpetrados en niñas por adultos extraños a ellas (...). Un segundo grupo lo forman aquellos casos (...) en el que una persona adulta cuidadora del niño - niñera, aya, gobernanta, maestro (...), un pariente próximo - introdujo al niño en el comercio sexual y mantuvo con él una relación amorosa formal (...). Finalmente, el tercer grupo pertenecen las relaciones infantiles genuinas, vínculos sexuales entre dos niños de sexo diferente, la mayoría de las veces entre hermanitos” (Freud, 1896: 206 - 207).

Por lo tanto, en el personaje del abusador encontramos adultos extraños y también adultos cercanos como: niñeras, educadores, parientes próximos, pero a su vez encontramos niños, por lo general hermanitos, que pueden llevar a cabo aquel siniestro. Respecto de estos últimos, unas líneas más abajo del presente texto, sostiene que en este tipo de casos, “el varón (...) había sido seducido antes por una persona adulta del sexo femenino, y luego, (...) buscó repetir en la niña justamente las mismas prácticas que había aprendido del adulto” (Freud, 1896: 207). Esta inferencia conceptual le permite a Freud reforzar que siempre la causa de la neurosis involucra a un adulto responsable: “el fundamento para la neurosis sería establecido en la infancia siempre por adultos” (Freud, 1896: 207). Las más de las veces este adulto no es un adulto familiar, sino que es un adulto que conforma el personal de servicio.

Dicho razonamiento freudiano nos conduce inmediatamente a introducir el concepto de pseudoherencia, que lejos de ser un concepto pormenorizado, constituyó “el eje vital del paradigma de 1896” (Vallejo, 2012: 52). Vallejo sostiene que esta pieza estratégica capital del planteo freudiano revela un papel sobre su noción de familia (Vallejo, 2012: 58).

En consonancia con aquella hipótesis, Levin ofrece una concepción similar sobre la pseudoherencia. El autor afirma que “a la luz de las experiencias sexuales infantiles, se obtenía una explicación alternativa de los modelos familiares en las neurosis” (Levin, 1978: 176).

El motivo que condujo al creador del Psicoanálisis a plantear el concepto de pseudoherencia consistió en “esclarecer” que aquellas neurosis que se presentan en varios integrantes de una familia, no deben comprenderse equívocamente como un efecto de la herencia nerviosa, sino que, en rigor, derivan de experiencias sexuales precoces (Freud, 1896: 155). Una suerte de indicación proclama que “cuando dos hermanos son neuróticos, no hay que ir en búsqueda de sangres corrompidas, sino de detalles sobre sus juegos sexuales” (Vallejo, 2012: 54).

“En otro artículo Freud discute un caso en que una hermano, una hermana y un primo eran neuróticos, dando la apariencia de una anormalidad hereditaria (...) de niño, el primo había sido atacado sexualmente por una criada” (Levin, 1978: 176)”.

En esta cita se demuestra cómo la criada, protagonista favorita de dicho relato, genera una ruptura respecto de la “determinación *familiar- hogareña* sin pasar por la lente de la herencia” (Vallejo, 2012: 56, cursiva en el original).

Por lo tanto, la figura del abusador, en “La etiología de la histeria”, reside en un adulto ajeno a la familia sanguínea que “manipula el cuerpo y la mente de las criaturas” (Vallejo, 2012: 55).

Se puede interpretar a partir de esta cita que la teoría de 1896 alude a “una propuesta de un determinismo familiar de la patología, e invita, (...) a trazar el boceto de la(s) familia(s) que el texto de la seducción narra” (Vallejo, 2012: 22).

Siguiendo esta línea adherimos a la tesis de Vallejo quien afirma que “la teoría de la seducción significó antes que nada una de las narraciones perdurables sobre el peso del hogar familiar” (Vallejo, 2012: 35).

Ahora bien, es necesario preguntarse qué papel le cabe a los padres de los niños indefensos y asexuados en dicho relato mitológico que adviene como etiología de la neurosis. La respuesta a dicha pregunta pueda tomar diversas formas según el momento de la obra psicoanalítica al cual nos posicionemos. En “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa” podemos hallar respuesta al interrogante. Freud aquí manifiesta que los padres son los responsables de una excesiva desaprensión: “niñeras, gobernantas y otro personal de servicio, a quienes son entregados los niños con excesiva desaprensión” (Freud, 1896: 165).

Desde una perspectiva moral, la teoría de la seducción, deviene entonces, como una “delimitación entre hogares bien gobernados y hogares en los que el cuerpo del niño queda a merced de los caprichos adultos inescrupulosos” (Vallejo, 2012: 57). Aquí se infiere que una unión entre locura y familia, y un pensamiento etiológico basado en la discriminación de dos tipos de sistemas familiares – linajes limpios y linajes corrompidos- subyacen a la teoría de 1896. (Vallejo, 2012: 67).

## **El neurótico: la figura del niño seducido**

La teoría de la seducción de 1896 puede ser rastreada en una trilogía de escritos freudianos pertenecientes a dicho momento histórico de la obra del psicoanálisis. Estos escritos como bien se trabajaron hasta el momento a lo largo del trabajo refieren a “Herencia y etiología de las neurosis”, “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa” y “La etiología de la histeria”.

Los tres artículos “exponen la tesis de que la histeria es la consecuencia de una vivencia pasiva, en tanto que las obsesiones evolucionan a partir de la agresividad sexual infantil “(Levin, 1978: 227). A su vez, respecto de los dos últimos textos, se extrae la idea de que la edad del niño en la que ocurre el momento del suceso patógeno también es determinante en el tipo de neurosis que desarrollará el sujeto en su vida adulta (Levin, 1978: 227). Esto se ve expresado en la carta del 30 de mayo de 1896, allí Freud explicita que según la edad en la cual ocurra la experiencia sexual traumática, el sujeto será víctima de un único tipo de psiconeurosis diferencial. Es decir que “las diversas neurosis tienen sus condiciones cronológicas para las escenas sexuales” (Masson, 1985: 198). Dicha fórmula predica que la histeria “ocurre en el primer período de la niñez (menos de cuatro años) (...) las escenas de la neurosis obsesiva pertenecen a la época Ib (...) las escenas de paranoica caen en la época que sigue a la II “(Masson, 1985: 199). Cabe aclarar que la época I b comprende la edad que va desde los cuatro hasta los ocho años y la época II comprende la edad que va desde los ocho hasta los diez años.

En “La etiología de la histeria” se puede colegir aquel niño que describe la teoría de la seducción: “el ente textual que la teoría de la seducción requería” (Vallejo, 2012: 101) . El niño de la seducción, según dicho texto, reúne tres caracteres esenciales que lo determinan en tanto personaje víctima de la escena de violación. Estos caracteres son: su impotencia, su estado total de desvalidez y un repentino y esforzado despertar prematuro de la sexualidad. A su vez, en dicho texto Freud no se ahorra detalles respecto de los distintos avatares que pueden ocurrir en aquella experiencia sexual precoz en relación al acto que ejercen los adultos responsables. Así es que Freud invita al lector a situarse en su producción artística, en su creación narrativa que relata una historia llamada teoría de los traumas infantiles:

“ Las escenas sexuales infantiles son enojosas propuestas para el sentimiento de un ser humano sexualmente normal; contienen todos los excesos consabidos entre libertinos e impotentes, en que se llega al empleo abusivo de la cavidad bucal y el recto (...) la impotencia que es propia de la niñez esfuerza infaltablemente a las mismas acciones subrogadoras a que el adulto se degrada en caso de impotencia adquirida (...) el niño, librado en su desvalimiento a esa

voluntad arbitraria, despertado prematuramente (...) y expuesto a todos desengaños (...) todos estas desproporciones grotescas, y al mismo tiempo trágicas, se imprimen sobre el futuro desarrollo del individuo y de su neurosis” (Freud, 1896: 213).

Dicha cita refleja que “toda la escena se organiza en relación al protagonista principal: el cuerpo del niño indefenso y asexuado” (Vallejo, 2012: 54). Un niño carente en su totalidad de todo lo que confiere a la sexualidad, es el personaje central de la teoría de 1896. Se trata de un personaje que recibe la sexualidad desde afuera, desde los mayores (Vallejo, 2012: 84).

A su vez, en “La etiología de la histeria” Freud se plantea una autobjeción la cual le permite cuestionarse por qué “en los estratos inferiores de la población, la histeria no es sin duda más frecuente que en los superiores” (Freud, 1896: 206). Es cierto que cuenta con una certeza y es que “la invulnerabilidad sexual de la niñez se infringe con frecuencia incomparablemente mayor en el caso de los niños proletarios” (Freud, 1896: 206). Ahora bien ¿a qué se debe esa notable diferencia de frecuencia en los niños proletarios? Unas páginas más adelante Freud intenta dar respuesta a aquella pregunta apelando al concepto de defensa. En este sentido dice:

“puesto que el afán defensivo del yo depende de toda formación moral e intelectual de la persona, no estamos ya privados de toda inteligencia para el hecho de que la histeria sea entre el pueblo bajo mucho más rara de lo que es la etiología específica” (Freud, 1896: 209).

Aquí Freud lo que está deseando transmitir es que, en las clases inferiores, la histeria es menos frecuente mientras que el atentado sexual infantil en sí mismo presenta una frecuencia mucho mayor (Vallejo, 2012: 69). Esto se debe a que las histéricas pertenecientes a la alta aristocracia, inmediatamente, después de un atentado de tal índole, ponen en marcha un mecanismo defensivo cuya consecuencia devendrá en síntomas de conversión histérica. En cambio, las jóvenes pertenecientes a estratos inferiores, por su falta de intelectualidad y de conocimiento moral, no recurren a dicho acto, por lo tanto, no son víctimas de una histeria.

A partir de este planteo se llega nuevamente a la conclusión que se ha arribado en hojas anteriores: la psiconeurosis debe ser comprendida en términos de determinación familiar y a su vez, en términos de “diferenciación entre los buenos y malos hogares” (Vallejo, 2012: 70). También se puede detectar que la cuestión planteada sobre las histéricas proletarias y las histéricas burguesas demuestra que la psicopatología freudiana “era al fin y a cabo una mirada sobre lo social” (Vallejo, 2012: 70).

Aquí se vuelve pertinente la realización de un paréntesis. Un paréntesis que sugiere un desplazamiento desde el ámbito psicoanalítico vienes de 1896 hacia la esfera de la literatura argentina de la década de 1970. Si bien se plantea una distancia temporal de aproximadamente un siglo, y desde ya, una distancia internacional notable, la relación que se establece entre el padre del

psicoanálisis y el escritor y poeta argentino Osvaldo Lamborghini es sorprendentemente estrecha. Pareciera que se tratara de un acuerdo consensuado y tácito entre los autores, que se vuelve necesariamente evidente si tomamos aquellas pocas hojas que el escritor argentino dedicó a una de sus tantas reconocidas producciones literarias llamada “El niño proletario”.

Dicho cuento muestra de una manera descarnada e intestina, lo que Freud planteó allá por 1896 sobre el niño abusado por un adulto responsable, o un niño de edad mayor.

Lamborghini, mediante admirables estrategias literarias, brinda una serie de escenas totalmente gráficas y morbosas que apenas Freud con timidez se dedicó a dilucidar en sus escritos de la seducción.

Se puede decir que el protagonista de “El niño proletario” funciona como un gran recurso ilustrativo permitiendo expresar, si bien de una forma completamente potencial y exagerada, la figura del niño freudiano construido por la teoría de la seducción.

A continuación se citarán algunos fragmentos del cuento que darán cuenta de ello. El niño proletario “nace en una pieza que se cae a pedazos, (...) con una inmensa herencia alcohólica en la sangre (...) el padre borracho (...) le pega a su niño. En su hogar, ese antro repulsivo, asiste a la prostitución de su madre” (Lamborghini). En este breve fragmento se puede destacar ciertas cuestiones centrales, como por ejemplo, aquello que se trabajó con anterioridad bajo el concepto de pseudoherencia. Dicho concepto se explica, desde esta cita, a partir de la formación parental de un padre borracho y una madre prostituta. Ambas figuras marcarán una degeneración que no halla su origen en una fórmula sanguínea, si bien explícitamente el texto utiliza el término herencia. Sino que metafóricamente se está haciendo referencia a la constitución de la familia dentro de un encuadre social que determina un hogar o bien, sano, de buen linaje, o bien un hogar corrompido, mejor dicho, “un antro repulsivo” (Lamborghini).

Ahora bien, retomando la figura del niño planteada por Freud, vale decir, el cuerpo asexuado víctima de una seducción, el autor Mauro Vallejos en “La seducción freudiana (1895- 1897). Un ensayo de genética textual” ofrece una tesis a la cual en el presente trabajo se muestra total acuerdo. Vallejo postula que el niño freudiano es “doblemente un ente textual, como componente del relato de los pacientes, pero sobre todo como pieza de saber” (Vallejo, 2012: 102) Se trata de una construcción discursiva que denota una superficie corporal sin profundidades (Vallejo, 2012: 102), un niño que únicamente adquiere el valor de recuerdos inconscientes sobre los cuales se traza los ataques de adultos (Vallejo, 2012: 95 ). En este punto, Vallejo plantea cómo Freud a través de la teoría de la seducción propuso un niño que nada tenía que ver con un niño de existencia real, sino que contrariamente dentro de “su marco de la seducción se ha generado el *objeto* niño que allí se precisa” (Vallejo, 2012: 102, cursiva en el original). Es decir, dicho niño no nace sobre el

conocimiento de Freud respecto de la infancia real de la época, nada de esto, nace de las exigencias de sus conceptos” (Vallejo, 2012: 103).

### **Un personaje en conflicto: las nodrizas o el padre**

Hasta lo que se ha desarrollado aquí, se puede discernir con claridad qué figuras despliegan el papel de abusador en la escena traumática. Bien pueden ser niñeras, educadores, hermanitos o adultos extraños. Ahora bien, este conjunto de personajes contribuyen solo a una faceta de la teoría de la seducción. Sin embargo, es pertinente aclarar la existencia también de una segunda versión de dicha teoría, caracterizada por un cambio de figuras en el personaje del abusador.

Se ha mencionado con anterioridad que para Freud en “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”, el rol del abusador recae en las gobernantas, nodrizas, educadores, etc. (Freud, 1896: 286), no obstante ese mismo año, por el mes de diciembre, en una carta a Fliess, Freud dirá que la seducción ejercida sobre el niño indefenso involucra un acto realizado efectivamente por el padre (Masson, 1985: 224).

En función de este misterioso cambio de personajes se origina un interrogante fundamental sobre el cual se organizará el último apartado del informe. Siguiendo una lectura crítica de este primer momento de la obra freudiana es preciso preguntarse cual fue el motivo que condujo a que la construcción teórica de 1896 sufra una alteración, que por lejos, no fue una alteración definitiva, sino que expresaba un cierto vaivén entre la construcción modificada y la construcción originaria. Existen múltiples argumentaciones que pretender responder a dicha cuestión. Algunas, de índole más conservadora, consideran que para Freud, el padre fue el que frecuentemente emprendía la violación, pero por resguardar su identidad “Freud optó por omitir en sus publicaciones” (Levin, 1978: 176). No parece sostenerse firmemente este fundamento ya que en las correspondencias con Fliess, amigo de Freud, no habría ningún motivo por el que se omitieran datos, dado que se trataba de una relación íntima y cercana (Vallejo, 2012: 61). Así es como en las cartas se puede rastrear que Freud bien responsabilizó en su respectivo momento a las niñeras y luego en otro momento al padre. Otros autores con una mirada más escéptica, consideran que, partiendo de su teoría, Freud se dirigía a la clínica creando a partir del relato de sus pacientes “la trama de una fabula (...) esta trama enlazaría <<personajes>> (...). Si el comportamiento de algunos personajes no parecía cuadrar con las exigencias del argumento (...) Freud estaba en ocasiones preparado para renunciar a sus firmes exigencias con tal de llegar a un acuerdo” (Webster, 1995: 237). En otras palabras lo que sostienen tales autores como Webster es que el “material clínico” estaba guiado por los intereses intelectuales de Freud, por ende, sería un material clínico que continuamente se estaría modificando en función de las operaciones conceptuales que se proponía el creador del Psicoanálisis plasmar en sus teorías.

En la carta del 6 de diciembre de 1896 se puede apreciar un punto de inflexión dentro de la teorización del trauma infantil. Allí Freud postula un viraje que merece ser considerado: “La histeria se me revela cada vez más como consecuencia de *perversión* del seductor; la herencia, *cada vez más*, como seducción por el padre” (Masson, 1985: 224; cursivas en el original).

Por primera vez Freud asigna el término “perversión” a aquel atacante que cometía atrocidades sobre el cuerpo infantil. No obstante, el punto de inflexión al que se hizo referencia, unos párrafos arriba no radica en esta cuestión. Dicho punto reside en la nueva figura que se monta en escena: el padre. La herencia se revela cada vez más como seducción por el padre (Masson, 1985: 224). Dos elementos esenciales, “herencia” y “seducción por el padre” dan cuenta que esta nueva figura fue introducida en pos de un doble movimiento: acentuar una determinación de mayor peso familiar sobre las patologías y “el reforzamiento de la noción de pseudoherencia” (Vallejo, 2012: 82). Ya mencionado con anterioridad, la escena de la seducción se narra en dos versiones: la versión de las niñeras y nodrizas y la versión del padre. La primera se puede decir que apunta a una determinación familiar difusa o más bien a una determinación hogareña, de interacción política comandada por las nodrizas, es decir, no alude una determinación cien por cien familiar. La incorporación del padre como seductor permite cerrar ese movimiento (Vallejo, 2012: 83). En este sentido, la teoría de la seducción viene a legitimar la posibilidad de que “si un padre presenta conductas perversas, o una moral un poco desajustada, y sus hijos luego padecen trastornos psiconeuroticos (...) no es necesario apelar a la fuerza hereditaria” (Vallejo, 2012: 84).

Es importante destacar datos biográficos del mismo Freud, referentes a este momento. No es el propósito del trabajo realizar un exhaustivo desarrollo biográfico sobre el padre del psicoanálisis, pero si se considera pertinente mencionar dos hechos que permitirán significar, de un modo particular, el motivo que explica el cambio de personajes. En el mes de Octubre de 1896 ocurre el fallecimiento del padre de Freud. Años más tarde, Freud declaró “que había emprendido un autoanálisis como respuesta a la muerte de su padre” (Levin, 1978: 232). En el curso de su autoanálisis “se encontró con aquellos impulsos hostiles dirigidos contra el propio padre que había considerado anteriormente como prueba de que alguna experiencia traumática debía haber ocurrido en la niñez” (Levin, 1978: 233). Sin embargo, no pudo encontrar recuerdos de este tipo de experiencias. El hecho de no poder sostener pruebas de abuso en su propio caso, tal vez haya sido uno de los motivos que lo llevo a abandonar su teoría. (Levin, 1978: 233).

En relación al constante vaivén que se desplaza desde las niñeras hacia el padre, en lo que respecta a los escritos y cartas de la época de 1896, no resultó ser una tarea completa y acabada que determinara estrictamente a un único personaje abusador. Incluso se le plantea al mismo Freud en autoanálisis “episodios sexuales (...) que involucraban a la mujer que había sido su niñera” (Levin, 1978: 233) que según el autor, dichos sucesos fueron “la verdadera fuente de sus rasgos neuróticos”

(Levin, 1978: 233). Mientras tanto, “aquellas vivencias sexuales traumáticas, con la participación del padre del niño, que había postulado anteriormente” (Levin, 1978: 233) permanecían como incógnitas sin solucionar al menos hasta la primavera de 1897.

## **A modo de cierre**

El recorrido que se propuso ofrecer al lector, a lo largo del informe, se fundamentó, básicamente, sobre una mirada ampliada en la escena sexual y traumática, desencadenante de las psiconeurosis. A tales fines, se vio necesario entender qué elementos intervinieron en la creación de dicha escena y de qué modo lo hicieron. Por consiguiente, se desarrolló, en primera instancia, la tradición médica hereditarista, que desde una concepción laxa, sostenía que toda enfermedad mental se explicaba por su origen hereditario.

Se pudo demostrar que aquella tradición o teoría de la herencia no presentaba una distancia abismal respecto de la teoría de la seducción, como daba a entender Freud en sus textos; sino que contrariamente, se conservaba una continuidad latente entre ambas y es precisamente, dicha continuidad, la hipótesis que se defiende en el trabajo: toda enfermedad tiene un trasfondo, una determinación familiar. En el caso de la teoría de la herencia, era una determinación familiar sanguínea, en la teoría de la seducción, se proponía una determinación familiar con mayores datos de color que ponía en el tapete a una familia hogareña-política sustentada por una noción central de este periodo (1896), la noción de pseudoherencia.

La hipótesis del trabajo se sostuvo partiendo de una idea que marca una ruptura respecto de las versiones canónicas sobre la teoría de la seducción. Dicha idea sostiene que aquella escena traumática fue una original creación de un relato mitológico, y que por ende, nunca se construyó partiendo de los datos clínicos. Esto se intentó evidenciar en el trabajo a través de ciertas contradicciones y ambigüedades, rastreadas en los argumentos que brindaba Freud en sus escritos y sus cartas, e incluso en el repentino cambio de personajes del rol del abusador acontecido un tiempo muy limitado.

La teoría de la seducción, de este modo, expresa por excelencia que los objetos de saber son consecuencias de técnicas conceptuales y discursivas y que por tanto, no hallan asidero en una realidad a la espera de su categorización, sino que hunden sus raíces en el seno de estrategias y tecnología de un saber.

## **Referencias bibliográficas**

### **Bibliografía primaria:**

- Freud, S. (1894) Las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas*, Volumen III. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896). La herencia y la etiología de las neurosis. En *Obras Completas*, Volumen III. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas*, Volumen III. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.
- Freud, S. (1896). Manuscrito K. Las neurosis de defensa (Un cuento de Navidad). En Masson, J. (1985) *Freud – Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1896). La etiología de la histeria. En *Obras Completas*, Volumen III. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1999.

#### **Bibliografía secundaria:**

- Lamborghini, O. (1940). *Teatro Proletario De Cámara*. El niño proletario. Extraído el 3 de Junio de 2014 de, <http://www.tyhturismo.com/data/destinos/argentina/literatura/escritores/OLamborghini/proletario.html>
- Levin, K. (1978). *Freud y su primera psicología de las neurosis. Una perspectiva histórica*. Mexico: FCE; 1985.
- Masson, J. (1985). *Freud – Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu editores; 1994.
- Webster, R. (1995). *Por que Freud estaba equivocado. Pecado, ciencia y psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Destino; 2002.
- Vallejo, Mauro (2012). *La seducción freudiana (1895-1897). Un ensayo de genética textual*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Vallejo, M. & Sanfelippo, L. (2013). *Orígenes de la teoría de la seducción*. Etiología específica y herencia en los primeros escritos de Sigmund Freud (1886-1896). *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*.